

EMILIO KOURÍ, *UN PUEBLO DIVIDIDO. COMERCIO, PROPIEDAD Y COMUNIDAD EN PAPANTLA, MÉXICO, MÉXICO: FONDO DE CULTURA ECONÓMICA/EL COLEGIO DE MÉXICO, 2013, 454 PP.*

Un *pueblo dividido* es una obra derivada de la tesis doctoral que Emilio Kourí realizó en la Universidad de Harvard. Se publicó por primera vez, en inglés, en 2003. Diez años “de tropiezos, desencuentros y demoras” tuvieron que pasar para que finalmente se concluyera su traducción al español. Así, desde 2013, y gracias a El Colegio de México y al Fondo de Cultura Económica, el público hispanoparlante puede por fin tener acceso a un excepcional libro de historia. Si bien es verdad que los buenos libros de historia en español no escasean, éste en particular tiene la peculiaridad de ser igualmente atractivo para las personas interesadas en el pasado jurídico, político, económico, social, agrario, técnico y botánico.

El tema central de esta obra es el “análisis detallado de la privatización de las tierras de un pueblo de México” (p. 20). De hecho, la principal característica que podría definir la obra de Kourí es, precisamente, el nivel de detalle al que el autor desciende para explicarnos por qué en Papantla, un pequeño poblado al norte del estado de Veracruz, aquel proceso trajo como consecuencia la división del pueblo en el último tercio del siglo XIX.

La manzana de la discordia fue la tierra, en específico la dedicada al cultivo de la vainilla. Sin embargo, esto es solamente una suposición, pues tal como el mismo autor lo señala: “a pesar de la falta de fuentes que respondieran a las interrogantes sobre la discordia comunal de manera más explícita, existen fuertes indicios indirectos que sugieren que la expansión del negocio de la vainilla produjo graves tensiones en las comunidades totonacas de la cuenca del río Tecolutla, en particular en la región de Papantla, donde el cultivo de vainilla se había ya generalizado” (p. 163). Así pues, el hecho de que la principal tesis del libro esté basada en “fuertes indicios indirectos” no la demerita en absoluto, al contrario, nos recuerda que una parte fundamental del trabajo del historiador es heurístico. Kourí, por tanto, conecta los indicios. Por los datos que nos ofrece, se concluye que la creciente demanda de vainilla durante el siglo XIX fue el principal detonante de las luchas por el control de la tierra entre 1870 y 1900 en la región de la cuenca del río Tecolutla. En ese momento y en ese lugar ningún otro recurso natural con posibilidades de exportación (café, tabaco, maderas preciosas o petróleo) tenía la importancia económica de la vaini-

lla; no obstante, empezaron a tenerla a medida que terminaba el siglo. Es decir, la mercantilización de la vainilla y de otros recursos naturales condujo a la mercantilización de la tierra y, consecuentemente, a las disputas por su dominio.

Un pueblo dividido no es solamente una narración detallada del conflicto, sino también de sus causas. En palabras del autor, es una historia de “perspectivas entrelazadas [con las cuales] la estructura histórica característica de la relaciones sociales en Papantla resulta comprensible” (p. 18). El relato se construye a partir del estudio de la economía botánica de la vainilla (capítulo I) en relación con el ambiente agro-ecológico en el que se desarrolló (capítulo II) y que, por la disposición socio-económica de su explotación (capítulo III) en un contexto socio-político de desmembramiento de las tierras comunales (capítulo IV), puso las bases para recuperar un tipo de propiedad peculiar, el condueñazgo, que si bien al principio fue más o menos bien recibido, terminó por mostrarse como una solución coyuntural (capítulo V), y como el germen de la división y la rebelión en Papantla (capítulo VI). De tal forma, analizar en la primera parte del libro los problemas del cultivo y comercio de la vainilla, las características de las geografías físicas, humanas y económicas de la cuenca del río Tecolutla, y los rasgos económicos de la vainilla, no tiene otro objetivo más que ir preparando al lector para el tema central. Por tanto, no extraña que sea precisamente en la segunda parte donde el autor comience a discutir con la historiografía, pues su objetivo es poner en tela de juicio “la narrativa histórica predominante acerca de los pueblos del México porfiriano, en la que no hay cabida para las complejas y contradictorias transformaciones sociales que se describen en estas páginas” (p. 21).

Como se suele decir, “el demonio está en los detalles”, y como el último capítulo, el más extenso de todos, es prolífico en ellos, es justamente donde la complejidad y contradicción en la transformación social de Papantla quedan mejor expuestas. En él se cuentan los enfrentamientos entre los llamados “rebeldes” y los “leales” (al gobierno) para disolver los condueñazgos entre 1889 y 1900. Lo interesante es que “unos” y “otros” no estaban conformados sólo por los que la “narrativa histórica predominante”

habría descrito: indígenas desposeídos por un lado y terratenientes especuladores por el otro. La situación era mucho más compleja, pues encontrar totónacos propietarios convertidos en caciques no era extraordinario, ni tampoco toparse con personajes cuyas acciones permitieran los cambios de rumbo. Esto último fue el caso del jefe político de Papantla entre 1892 y 1895, quien con una postura más conciliadora con los rebeldes, provocó que por un corto tiempo los papeles se invirtieran, convirtiendo a los rebeldes en leales y viceversa. Por otro lado, la contradicción, la complejidad y la circunstancialidad también se muestran en este capítulo al analizar la intervención de los funcionarios gubernamentales en los repartos de la tierra; fue así que “los intereses locales —no los mandatos del Estado— fueron la principal fuerza motriz de la transformación de la propiedad de las tierras del pueblo”. Con este argumento, Kourí enfrenta a “los relatos normales sobre la privatización de las tierras de los pueblos de México” (p. 362), donde el principal y único protagonista ha sido el Estado.

La corta experiencia del condueñazgo, limitada sobre todo a la década de 1880, fue la que marcó el punto de inflexión en la historia de la propiedad de la tierra en Papantla. Este tipo de propiedad consistía en asociaciones privadas de accionistas copropietarios de la tierra. Kourí se sustenta en una numerosa cantidad de fuentes primarias que le permitieron, entre otras cosas, examinar el papel de los totónacos que participaron de alguna u otra manera en la constitución de tales sociedades; por ejemplo, los que tenían algún tipo de poder (como los rancharos) o fama (como antiguos miembros del ejército). Estos indígenas tuvieron que lidiar con el resto de actores interesados por las tierras, entre otros, los comerciantes de vainilla o el gobierno del estado de Veracruz. Para los primeros, en su mayoría españoles e italianos, era importante mantener y acrecentar el control sobre la tierra. Mientras que para el segundo, necesitado de ingresos, era urgente acabar con las tierras comunales porque de ellas no se obtenía ninguna retribución fiscal. Sin embargo, la imposibilidad de imponer la propiedad privada individual, en la “que todos los jefes de familia recibirían ‘partes iguales, en cantidad o calidad’ llenó de aprensión a muchos” (pp. 206-207) y los hizo con-

frontar al gobierno, que no tuvo más remedio que aceptar la formación de los condueñazgos.

La división inicial de la tierra en Papantla, entre 1875 y 1876, fue un proceso manejado por una Junta de Indígenas nombrada por el ayuntamiento, en la que se incluyó como beneficiarios a habitantes que no eran indígenas y que además se realizó sin base científica alguna (p. 231). De ahí los numerosos conflictos que vendrían después.

Como haya sido, la producción de vainilla en Papantla se benefició de la constitución de tierras comunales (condueñazgos), pues coadyuvó al aumento de la producción y, por ende, de la exportación. No obstante, este aumento venía desde antes. Kourí señala los años que van de 1870 a 1879 como el momento clave. Los motivos fueron la enorme expansión del cultivo, el aumento concomitante de la capacidad de procesamiento y el establecimiento de nuevas relaciones comerciales. Para entonces Francia había dejado de ser el principal destino de la vainilla mexicana. Su lugar fue tomado con creces por los Estados Unidos (sobre todo para las incipientes industrias del helado y la confitura). El perfeccionamiento de la navegación comercial entre México y su vecino del norte, así como la disponibilidad de mejores medios de comunicación, contribuyeron al cambio de cliente (pp. 171-175). A partir de entonces el perfil de la demanda comenzó a transformar el de la oferta: los importadores norteamericanos no necesitaban las mejores calidades de vainilla, en “lo sucesivo, una variedad de procesos industriales relacionados con el consumo al por mayor —ya no las prácticas culinarias de la élite ni la manufactura en pequeña escala de productos de lujo— iban a ser las principales fuentes de la demanda” (p. 184).

Al igual que otros recursos naturales mercantizados, como la resina de pino, el procesamiento de la vainilla “no se puede mecanizar o siquiera estandarizar” (p. 59). De tal manera, la tecnología empleada era relativamente básica. Las innovaciones introducidas entre las décadas de 1830 a 1870 en el procesamiento, el llamado beneficio, se redujeron al uso de hornos para secar la vainilla y de termómetros para regular la temperatura dentro de dichos hornos (p. 142). Pero se trataba de mejoras para incrementar la calidad, no para acrecentar la cantidad. El aumento de la producción fue simple

resultado de la expansión del cultivo, gracias a la generalización de la polinización manual (antes la vainilla silvestre era polinizada por abejas). La polinización artificial, en práctica desde la década de 1860 en colonias francesas del África oriental, se empezó a aplicar en México mucho tiempo después (p. 170). Ahora bien, la imposibilidad de mecanizar la producción no impedía de ninguna manera acumular experiencia: gracias a ella algunos comerciantes aprendieron a realizar tan bien el beneficio que se convirtieron en los principales exportadores (p. 64), mientras que los cultivadores aprendieron cierto conocimiento hortícola (p. 39).

En este sentido, es relevante mencionar que desde el momento en que la vainilla empezó a ser un próspero negocio a mitad del siglo XIX, la organización productiva (dividida entre el cultivo y el beneficio) se mantuvo prácticamente intacta. Los comerciantes, especuladores y otros individuos vinculados a la exportación convirtieron el beneficio en parte de su negocio, que por su complejidad era el que dotaba a la vainilla de su valor comercial (p. 62), mientras que el cultivo era el negocio de los indígenas totonacos, que eran quienes corrían el riesgo, pues aquellos se reservaban el derecho a compra de la cosecha (p. 288). Para muchos totonacos, sin embargo, la vainilla era “antes que nada, una herramienta para la propia preservación” (p. 161). A pesar de la privatización y parcelación de la propiedad de la tierra, “los patrones de uso de ésta y la organización de la producción agrícola cambiaron mucho menos profundamente. [...] las tierras históricas del pueblo de Papantla [siguieron] siendo, en general, un coto de la agricultura familiar” (p. 397).

Técnicamente la agricultura familiar estaba basada en el sistema de tumba y quema. Según Kourí, “el origen y la razón de ser del sistema de agricultura totonaca se encuentra en los bosques” (p. 75), específicamente en los bosques vírgenes, que según el autor se conocen como *monte alto*, lo cual es incorrecto, al menos desde la perspectiva silvícola, que considera al monte alto como un bosque reproducido por semilla. Como sea, para “funcionar adecuadamente, ese sistema de agricultura requiere gran cantidad de tierra por familia debido a que la mayor parte de ella se encuentra sin cultivar en algún momento dado” (p. 93).

Una milpa abandonada recibe el nombre de *acahual*: se trata de la primera de una sucesión de formaciones vegetales secundarias y que, en Papantla, fue el terreno preferido para plantar la vainilla (p. 83). Por varias razones, este sistema agro-ecológico, en el que se insertó la especia y que funcionó durante todo el periodo estudiado, era ecológicamente equilibrado: el único elemento perturbador fue la presión demográfica.

Para los interesados en la historia ambiental, como el que esto escribe, hubiera sido magnífico conocer más a fondo las consecuencias ambientales del incremento en la producción de vainilla, pues

ello habría arrojado aún más pistas sobre la historia del uso y de los efectos de la mercantilización de recursos naturales, tema aún poco tratado en México. Pero ese hubiera sido otro libro.

Independientemente del tema y la forma de abordarlo, *Un pueblo dividido* es sin duda una lección historiográfica: su autor logra ver (y hacernos ver) que cuando México iniciaba su revolución, Papantla ya había terminado con la suya.

Juan Luis Delgado
Instituto de Geografía, UNAM
juanluisdelgado80@gmail.com